

Capítulo 1

El brillo de la abundancia

El primer sonido del día fue el tic-tac del reloj suizo. En el silencio del ático, el pulso del segundero parecía medir, más que el tiempo, la relevancia de Juan Velasco en el mundo.

A las siete y media en punto, la luz dorada entró por los ventanales. La claridad rebotó en el acero de una lámpara italiana, recorrió el cuero oscuro de un sillón y se detuvo en el trofeo de cristal sobre la mesa: «JUAN VELASCO. VISIÓN Y LIDERAZGO». Al lado, una foto lo mostraba en un auditorio, con las manos abiertas frente a una frase en inglés que prometía el éxito ilimitado. Juan aparecía allí con el gesto congelado de quien se sabe observado.

Abrió los ojos antes de que el móvil terminara de vibrar. No fue un sobresalto, sino un hábito; se despertaba con la certeza de que el día le pertenecía, como si el sol mismo formara parte de su nómina.

Se incorporó con un movimiento ágil, sintiendo la firmeza del colchón bajo el lino de las sábanas.

—Hoy van a saber quién soy —murmuró.

Le gustaba decir estas cosas en voz alta, como una liturgia privada. Era su forma de recordarse que nada era casualidad, sino la consecuencia de sus agallas. Tras los cristales, el mar brillaba con tonos cobrizos frente al puerto de Málaga. Los barcos de contenedores entraban y salían de la dársena; para él, no eran más que cifras en un balance.

Se levantó descalzo. El frío del parquet le resultó estimulante, más eficaz que el propio café. En el baño, se enfrentó al espejo que cubría media pared. La luz del amanecer dibujaba un rostro de cuarenta y dos años bien llevados: la mandíbula firme y una arruga vertical entre las cejas, la marca de quien vive frunciendo el ceño ante cuentas que no siempre cuadran.

—Henderson firma. El consejo traga. David obedece. Y yo... triunfo —recitó, como quien repasa una alineación de fútbol.

Se echó agua fría en la cara. El impacto fue una bofetada necesaria. Al cerrar el grifo, el silencio regresó de golpe. Se acercó tanto al espejo que su respiración empañó el cristal. Ensayó esa sonrisa de aprobación que usaba en las fotos de prensa, la misma que sus empleados veían en los carteles motivacionales de la oficina.

—A ver, Juan... no hagas nada que no harías si nadie te mirara —se dijo. Luego soltó una carcajada corta—. Total, nadie mira.

Se lavó los dientes caminando por el baño, hablando entre la espuma para un público invisible. —Veinte millones, Henderson. Y encima creerás que te hago un favor... —mascullaba.

Hubo un instante de quietud. Los ojos se quedaron fijos en su reflejo y creyó ver un rastro de ojeras que anoche no estaban allí. Se enderezó de inmediato, como si alguien lo hubiera sorprendido sin su

armadura. Escupió, se enjuagó y dejó el vaso alineado con el borde del lavabo.

En el vestidor, eligió el atuendo con la precisión de un general ante su arsenal: hoy tocaba el gris marengo, el color de los hombres que firman contratos irreversibles. Se anudó la corbata azul con calma, comprobando que el nudo quedara exacto, justo donde debía terminar.

—Hoy ganamos —le dijo a su imagen—. Como siempre.

Cogió el reloj suizo de la bandeja de cuero. Notó el peso del metal antes de que el calor de su muñeca lo templara. Al abrocharlo, el clic metálico se fundió con el tic-tac de la habitación. Por un segundo pensó en el precio de aquel objeto y a cuántos meses de «hipoteca» equivalía. Sonrió: si Henderson firmaba, esa palabra dejaría de existir.

Atravesó el pasillo con el maletín en la mano. La casa seguía callada. En el recibidor, el último espejo le devolvió una imagen terminada: el traje impecable y el pelo peinado con una naturalidad ensayada. Afuera, el rumor del puerto subía por los ventanales como un murmullo de aprobación.



La cocina, a diferencia del resto del exclusivo ático, no hablaba de nadie. Era amplia, blanca, impecable, con electrodomésticos relucientes que parecían más un decorado que herramientas propias de un hogar; solo los dibujos infantiles sujetos con imanes a la puerta de la nevera americana otorgaban al espacio un rastro de vida: un sol amarillo que sonreía torcido, una familia de «palotes» cogidos de la mano, un perro azul.

Ana estaba de espaldas a la puerta, con el pelo recogido en un moño rápido y una bata de andar por casa que no encajaba con el mármol de la encimera ni con la cafetera de diseño; cortaba tostadas

con un cuchillo, atenta al móvil que descansaba sobre la encimera, la pantalla encendida con un hilo de mensajes que ella leía sin que su expresión variara demasiado. A su alrededor, Luca y Sofía se peleaban por los cereales como si aquello fuera el asunto más serio del mundo.

— ¡Son mis cereales, Sofí! —protestó Luca, ocho años, un mechón rebelde cayéndole sobre la frente.

—Ayer te comiste los míos, tramposo —replicó Sofía, que con seis años ya gesticulaba como su madre.

—Eso fue antes de que fueran «tuyos».

—«Eso no tiene ningún sentido, abogado» —le dijo ella, con una seriedad cómica, imitando el tono de los adultos cuando quieren ganar una discusión.

Ana apenas sonrió, sin dejar de deslizar la tostada por el plato ni de mirar el móvil.

—Niños, si vais a pelear, al menos hacedlo bajito —dijo—. Y sin tirar nada, que hoy no está el horno para bollos.

El «horno», en realidad, estaba apagado y reluciente, pero la expresión se había convertido hacía ya tiempo en una muletilla de supervivencia para Ana.

Juan entró en la cocina con el traje como armadura y el reloj como escudo brillándole en la muñeca. Traía consigo ese aire de oficina, esa prisa invisible que desplazaba en torno a sí el ambiente familiar de aquel espacio. Miró el reloj, luego a los niños, como si evaluara el tiempo de aquella reunión «accidental».

Ana no levantó la vista.

—El café está en la mesa —anunció, como quien lee una circular.

Juan abrió la nevera, inspeccionó el interior durante más tiempo del necesario, como si dentro de aquel frío «cubículo» pudiera encontrar una versión más satisfactoria de su vida.

— ¿No hay zumo natural? —preguntó.

Fue en ese preciso instante cuando ella levantó la cabeza y lo miró fijamente durante un segundo que se hizo demasiado largo, con aquellos ojos oscuros, cansados y duros a la vez.

—Hay zumo —respondió—. No sé si natural o como tu vida. Lo dejo a tu criterio.

Luca contuvo la risa; Sofía lo miró preocupada. Juan cerró la puerta de la nevera con un poco más de fuerza de la habitual. Inspiró, aguantó el aire, lo soltó.

—Bueno —dijo, cambiando de tono, como si nada hubiera pasado—, hoy tampoco vendré pronto. Lo de Henderson es gordo.

Lo dijo con orgullo, con esa mezcla de importancia y excitación que siempre usaba cuando hablaba de operaciones, inversores, firmas. Henderson, para él, era un apellido cargado de cifras; para el resto de la familia, solo era un nombre abstracto que se había convertido en un rival invisible de los cumpleaños, las tardes de parque o los viernes de película.

Luca dejó la cuchara sobre el cuenco.

—Papá, hoy tenemos entrenamiento. Dijiste que vendrías a verme jugar —recordó, con la insistencia de quien aún cree que las promesas de los adultos se cuentan como goles.

—Y el viernes actúo en el cole —se apresuró a decir Sofía—. Hacemos una representación con un baile al principio y yo salgo delante, ¿te acuerdas?

Juan ya había sacado el móvil del bolsillo. La pantalla se iluminó con una cascada de notificaciones; sus ojos se fueron hacia allí con un gesto casi automático.

—Ya veremos, cariño. Papá está hasta arriba —dijo, sin levantar la vista del dispositivo.

Sofía guardó silencio unos segundos, masticando las palabras. Luego se inclinó hacia su madre y le susurró:

— ¿Hasta arriba de qué?

Ana le acarició el pelo sin mirarla.

—De «cosas importantes», mi vida —respondió—. Esas cosas tan importantes entre las que no contamos nosotros.

El comentario, lanzado hacia la niña, encontró su verdadero destinatario en aquel «hombre del traje gris marengo». Juan dejó el móvil sobre la mesa, con la pantalla boca abajo. Apretó los labios.

—Ana, por favor —pidió—. Hoy no.

—Hoy, ayer, mañana... —enumeró ella, cogiendo la taza de café—. El calendario entero, Juan. El calendario entero.

Se hizo un espeso silencio, huésped habitual de aquella cocina. Luca jugó con la cucharilla; Sofía miró alternativamente a su madre y a su padre, intentando leer algo en sus caras.

—Papá... —insistió Luca. Tenía esa voz frágil de quien lanza una última apuesta—. ¿Vendrás al menos al partido? Es el final del curso.

Juan salió de su ensimismamiento y lo miró al fin. Lo hizo con una fijeza extraña, como si acabara de recordar que su hijo era alguien real, alguien con ojos que exigen respuestas.

—Haré lo posible —dijo él, refugiándose en esa vaga promesa que ya anticipaba el fracaso.

Ana soltó una risa corta, apenas un chasquido seco que cortó el aire.

—Eso significa que no —sentenció ella, traduciendo con amargura un código que la familia ya conocía de sobra.

Luca bajó la vista al plato, aceptando la derrota. Sofía dejó de comer y empujó el cuenco hacia el borde de la mesa, como si el hambre se le hubiera retirado de golpe.

—Mamá, yo puedo ir solo —se ofreció el niño, tratando de proteger a su padre—. Así él puede seguir trabajando.

—No —dijo Ana, suavizando el tono pero manteniendo la firmeza—. Te llevo yo. No es tu responsabilidad compensar lo que tu padre no hace.

Juan recibió el golpe de la frase como una sacudida física. Buscó las llaves en el bolsillo de la americana y las sacó con prisas, haciéndolas tintinear para llenar el vacío.

—Tengo una firma hoy —dijo, alzando la voz más de lo necesario—. Si sale bien, nos olvidamos de las hipotecas, ¿vale?

Lo dijo de espaldas, y quizá por eso nadie le contestó. Se volvió e hizo amago de inclinarse hacia los niños, pero se detuvo a medio camino, frenado por un extraño pudor. Al final, la despedida fue solo un vago gesto con la mano.

—Os quiero. Portaos bien —añadió, aferrándose de nuevo al móvil mientras se alejaba por el pasillo.

La puerta del piso se cerró con un golpe seco. En la cocina regresó el silencio, pero ya no era la calma inerte de la mañana; era un vacío cargado de cosas que ninguno de los tres se atrevía a nombrar.

Tras unos segundos, Sofía preguntó: —¿Papá está enfadado conmigo?

Ana dejó la taza en el fregadero y respiró hondo, tratando de soltar el aire despacio. —No, cariño, no —dijo—. Papá está enfadado por cosas que están mucho más lejos que tú y que yo.

Sofía asintió, aunque la respuesta no terminaba de encajar. Luca, con los brazos cruzados, mantuvo la vista fija en el pasillo vacío, como si esperara que su padre se arrepintiera y volviera a cruzar el umbral.



En el ascensor de la «Torre Cristal», Juan volvió a ser el hombre seguro de sí mismo que el espejo del baño había certificado. El

trayecto desde el garaje subterráneo hasta la planta veinte se le hacía corto; en ese cubo de acero y cristal, rodeado de ejecutivos que olían a colonia cara y a madrugón, se recuperaba momentáneamente de la tensión doméstica.

Nadie hablaba, pero todos miraban compulsivamente sus móviles, como si existiera una competencia tácita por demostrar que el tiempo ajeno les pertenecía, exhibiendo, como trofeos de guerra, una legión de notificaciones sin abrir. Juan se revisó el nudo de la corbata en el reflejo especular de la puerta del ascensor. Por encima de su cabeza, una pequeña pantalla mostraba la subida: 17, 18, 19...

Al llegar a su planta, la moqueta gris amortiguó sus pasos hasta el despacho. Le gustaba aquel refugio panorámico; un rectángulo de cristal desde el que observaba la ciudad que creía controlar: las rotondas colapsadas, los bloques de oficinas y la línea del mar recortando el horizonte.

Encendió el ordenador. Las pantallas se iluminaron de golpe y los gráficos rojos y verdes le dieron los buenos días en su idioma. El teléfono fijo sonó a los pocos minutos. Juan descolgó con gesto impaciente.

—No vas a mover un dedo hasta que Henderson firme —dijo, cortando la frase de su interlocutor—. Después haz las auditorías que quieras, pero ahora no me toques la operación.

Escuchó un murmullo de objeciones mientras clavaba la vista en un punto indefinido de la cristallera.

—No cobras para transmitir miedos, sino para que los números me den la razón —concluyó, y colgó sin despedirse.

La puerta se abrió sin llamar. David, su socio, entró con una carpeta gruesa y el gesto torcido.

—Ni un «buenos días», como siempre —dijo, cerrando detrás de sí.

—Sin café no los hay —respondió Juan con una sonrisa de lado—. Dime que traes buenas noticias y te invito a uno.

David soltó la carpeta sobre la mesa. El golpe sonó a cansancio acumulado.

—Tenemos un problema. Los números no cuadran.

—Define «no cuadran» —dijo Juan, tecleando sin mirarlo.

—Define «quiebra técnica» —replicó David—. Define que Henderson se va a ir a la mierda contigo agarrado de la corbata.

El comentario quedó flotando en el aire. Juan levantó la vista. Su sonrisa se volvió más tensa, más cerrada.

—Henderson firma hoy. Son veinte millones. Nadie se acuerda de los riesgos con un cheque así delante.

—Es una jugada especulativa, Juan. Hemos inflado expectativas, maquillado datos... Si sale mal...

—Si sale mal, no estaremos aquí para verlo. Y si sale bien, me invitarás a una mariscada en el Antoxo.

David se pasó la mano por el pelo, un gesto que delataba que estaba al límite.

—Es mi dinero también, joder.

—Tu dinero, mi cara, su nombre —enumeró Juan—. Todos apostamos algo. Así funciona esto.

—No —corrigió David—. Así funciona tu ego. Lo mío es una inversión, no un suicidio.

Se miraron en silencio, como dos jugadores que de pronto dudan de si pertenecen al mismo equipo. Juan se reclinó en la silla y cruzó los brazos.

—Entonces lárgate con lo tuyo y déjame hacer a mí.

David apretó la mandíbula. Durante un instante pareció que iba a estallar, pero se contuvo.

—¿De verdad crees que esto va de ver quién la tiene más grande? ¿O de que no nos arrastres a todos cuando explote «tu burbuja»?

—Te recuerdo —contestó Juan con frialdad— que sin «mi burbuja» seguirías vendiendo seguros por teléfono.

David tragó saliva. El golpe había dado en el blanco.

—Y yo te recuerdo que, si no me hubieras tenido a mí diciéndote «cuidado», hoy no tendrías tanto que perder.

Ninguno supo qué añadir. Al otro lado del cristal, el tráfico seguía su curso, indiferente.

—La reunión es a las cinco —zanjó Juan—. Prepara un informe impecable. Henderson quiere brillos, no sermones.

David lo miró un segundo más, masticando una réplica que no llegó a pronunciar. Dejó la carpeta sobre la mesa, esta vez con suavidad, y se marchó.

Cuando la puerta se cerró, el despacho recuperó el zumbido del aire acondicionado. Juan se quedó mirando la pantalla. En una esquina parpadeaba un sobre nuevo:

«Asunto: Cierre operación Henderson HOY».

Lo abrió y sintió de nuevo esa oleada de certeza que tanto le había servido y que tanto estaba a punto de costarle.

—Hoy van a saber quién soy yo —repitió su mantra, casi sin darse cuenta.

Nadie en la «Torre Cristal», ni en su ático frente al puerto, imaginaba que dos meses después aquel hombre acabaría sentado junto a un cajero, con la ropa empapada y ochenta y cinco euros arrugados en la mano. El reloj, mientras tanto, seguía midiendo el camino hacia el abismo.

Capítulo 2

La firma con Henderson

El ascensor lo dejó directamente en la planta de las decisiones irreversibles. La sala de juntas estaba dispuesta como un altar: una mesa interminable de madera clara, botellas de champán francés sudando en cubiteras de acero y carpetas azules alineadas con precisión.

Henderson esperaba allí, puntual. Tenía el aspecto del dinero antiguo: un traje discreto, el pelo blanco cortado al milímetro y la mirada de quien ha visto demasiadas jugadas como para dejarse impresionar por la última. A su lado, dos consejeros de la empresa de Juan sonreían con la incomodidad de quien no sabe si asiste a una boda o a un funeral.

Juan entró con la sonrisa calibrada.

—Mr. Henderson —dijo, extendiendo la mano con firmeza—. Un placer, como siempre.

—Veremos si lo sigue siendo así dentro de un año —contestó el inversor en un castellano seco.

Se sentaron. El notario, un hombre menudo de gafas finas y calva brillante, empezó a leer las cláusulas con una voz monótona, como de letanía. Juan apenas escuchaba; conocía aquel texto de memoria. Lo que oía, por debajo de la lectura, era el zumbido de su propia ambición, ese ruido interior que durante años le había ordenado no detenerse ante nada.

Henderson firmó con un gesto pausado, casi aburrido. Trazó su nombre con la naturalidad de quien está acostumbrado a poner su firma donde otros ponen su futuro. Cuando llegó el turno de Juan, el bolígrafo le pareció más pesado de lo habitual. Miró la línea en blanco. «Veinte millones», pensó. «Otra liga». Y firmó.

Uno de los consejeros dio una palmada discreta y descorchó una de las botellas. El sonido fue limpio, seguido de unas risas nerviosas. Juan alzó su copa.

—Por las oportunidades —proclamó—. Por saber verlas donde otros solo ven miedo.

Las copas chocaron con un tintineo elegante. Juan bebió de un trago, sintiendo cómo las burbujas le afinaban la euforia. Henderson lo observó por encima del cristal, evaluándolo.

—En mi mundo no existe el dinero fácil, señor Velasco —dijo—. Existe el dinero y existen las consecuencias.

Juan sostuvo la mirada, ignorando una punzada repentina en el estómago.

—En eso coincidimos. Yo no creo en regalos, sino en apuestas bien pensadas.

—Las apuestas bien pensadas —remató Henderson dejando la copa sobre la mesa— son las que contemplan el día en que se pierden.

El silencio que siguió fue breve pero denso. El notario cerró la carpeta con un golpe seco.

Más tarde, a solas en su despacho, Juan contempló cómo se encendían las luces de Málaga. El eco de las risas aún flotaba en el aire, pero empezaba a mezclarse con otro sonido: un zumbido grave que emanaba de su ordenador. En las pantallas, los gráficos empezaban a teñirse de un discreto tono rojizo.

Se acercó al escritorio y dejó la copa.

—Es solo ruido —murmuró.

El índice al que lo había apostado todo estaba retrocediendo. Nada dramático, se dijo; el mercado nunca es una línea recta. Abrió el correo.

«HENDERSON: Preocupado por la volatilidad. Pido garantías adicionales».

«DAVID: Esto nos va a estallar en la cara.»

Juan soltó una risa corta, sin rastro de humor.

—Eres una madraza, David —susurró.

Se sirvió un whisky generoso en la barra. El líquido ámbar le quemó la garganta al bajar, empujando hacia el fondo esa inquietud que se negaba a reconocer. El móvil vibró:

«ANA».

Juan no lo cogió. El interfono sonó poco después.

—Señor Velasco, su mujer insiste...

—¡Dile que estoy en una reunión, coño! —saltó Juan, cortando la línea sin apartar la vista de los gráficos.

El móvil vibró de nuevo, esta vez con un número desconocido. Intuición de banco; alguien olía sangre. Lo ignoró. Volvió a leer el correo de Henderson. «Garantías adicionales». Eran palabras que en otro tiempo habría afrontado con frialdad quirúrgica; hoy, las leyó como un diagnóstico fatal.

—No, no... —murmuró, siguiendo con el ratón la línea roja que caía en picado—. Es un bache. Solo un bache.

Pero el ruido subía de volumen. Los algoritmos se asustaban en cascada, arrastrando posiciones cruzadas que empezaban a temblar. Se dejó caer en la silla y se frotó la cara con las manos. El whisky y la pantalla tiraban de él hacia abajo.

Por un instante fugaz, pensó en Ana, en Luca, en Sofía. En la escena de la cocina de esa mañana. Luego, con un esfuerzo consciente, devolvió esa imagen al lugar donde guardaba todo lo que no convenía mirar en días de derrota.



La noche se cerró sobre el despacho. Solo las pantallas y el neón de la ciudad iluminaban la figura de Juan, que apuró el vaso hasta notar la lengua entumecida y ese valor forzado que el alcohol inyecta en la cabeza. El agotamiento pudo más que el estrés y acabó desplomándose en el sofá.

Al día siguiente, el teléfono lo despertó muy temprano. El sonido le resultó distinto, casi irrespetuoso, como un intruso en un sueño agitado. Juan seguía en la oficina, con la resaca pegada a las sienes y la corbata floja. Al salir al pasillo, el aire olía a café recalentado y a algo nuevo: un rumor contenido, un silencio que pesaba.

Notó detalles que otros días le habrían pasado inadvertidos: cajas de cartón apiladas junto a la fotocopidora, secretarías que desviaban la mirada y dos empleados que cortaron su conversación en seco al verlo pasar. Entró de nuevo en su despacho. Todo parecía estar igual —la mesa, los diplomas, las fotos—, salvo por tres cajas vacías que alguien había dejado junto a la puerta. Un mudo presagio.

—¿Y estas cajas? —preguntó al aire, aunque nadie iba a responderle.

El runrún de la oficina se filtraba por el cristal y el tic-tac del reloj se le clavaba entre las cejas. No tuvo tiempo de sentarse; la puerta se abrió y David entró escoltado por dos guardias de seguridad, hombres corpulentos con esa expresión neutra que se ensaya para no parecer «humanos».

David no era el mismo. Tenía las ojeras marcadas y la mandíbula rígida.

—Se acabó —dijo sin rodeos—. Estás fuera, Juan.

El tono no era de rabia. Era algo peor: un cansancio absoluto disfrazado de profesionalidad.

—¿De qué coño estás hablando? —Dijo Juan, alzando la voz—. Ayer brindábamos. Son negocios, David, nos recuperaremos. ¿Qué te pasa?

—Ayer brindábamos por un castillo de naipes —respondió David—. Hoy ha llegado el ventilador.

Le tendió un sobre con una mano que le temblaba ligeramente. En la cabecera, una palabra que Juan solo solía aplicar a los demás: «FINIQUITO». La miró con una risa incrédula.

—Es una broma, ¿no? No tiene ninguna gracia.

—Ojalá —dijo David. Con un gesto apenas perceptible, hizo que los guardias dieran un paso adelante.

—¡Y una mierda! —saltó Juan, poniéndose en pie—. ¡Esta es mi empresa!

—«Era» nuestra empresa, Juan —corrigió David—. Ahora es un agujero negro. Henderson se ha retirado antes de que le explote el negocio en toda la cara. El consejo ha votado por unanimidad. Te quieren fuera ahora mismo.

—Pero... se puede reconducir —insistió Juan, con una energía desesperada—. Hablamos con el banco, negociamos. Siempre hay margen.

—El margen se agotó cuando empezaste a jugar con el dinero ajeno como si fueras inmortal. Te avisé cien veces. La última, ayer mismo.

—He levantado esto desde cero —gruñó Juan—. ¡Nadie me echa de mi casa!

Uno de los guardias adelantó el peso del cuerpo, un recordatorio físico de que las órdenes estaban por encima de los sentimientos.

—Señor Velasco, colabore —dijo el guardia—. Tenemos instrucciones concretas.

Juan respiró hondo. Paseó la mirada por las fotos con políticos, los diplomas de liderazgo y las maquetas de proyectos que nunca verían la luz. Soltó un resoplido que pretendía ser una carcajada.

—Esto no va a quedar así —amenazó, clavando los ojos en su socio.

—Lo sé —contestó David—. Va a ser mucho peor.

Esa frase lo desarmó. Juan se dio la vuelta, luchando por mantener la compostura mientras se aflojaba la corbata. Su reflejo en el cristal ya no encajaba con el traje gris marengo. Con un gesto brusco, se desabrochó el reloj suizo; el metal se resistió un segundo, como si se negara a soltarle la muñeca. Lo dejó sobre la mesa con una delicadeza que dolió más que un golpe.

—Si queréis el trono —murmuró—, quedaos también con la corona.

Empezó a meter sus cosas en una caja de cartón: el portarretratos de la playa con Ana, un pisapapeles, un libro que nunca terminó de leer. Cada objeto dejaba un hueco ridículo en la superficie de madera. En el pasillo, los empleados disimulaban, pero todos miraban. Algunos sentían pena; otros, un alivio que no se atrevían a confesar.

Cuando terminó, se quedó un instante quieto, sin saber qué hacer con las manos. Miró el reloj que dejaba atrás. Dudó si llevárselo, pero

terminó dándole la espalda. Los guardias lo escoltaron hasta el ascensor. La caja por sí misma le pesaba más que su contenido.

En el espejo del ascensor se encontró con una imagen nueva: un hombre de traje caro cargando con cartón. No parecía un ganador, no. Parecía exactamente uno de esos ejecutivos a los que él mismo había echado meses atrás, y a los que nunca se había molestado en volver a saludar.



El portal de su casa lo recibió con la cortesía de siempre: el mármol impecable y ese olor neutro a ambientador caro. Pero al abrir la puerta del piso, el aire pesaba de otra forma.

Lo primero que vio fueron las maletas en la entrada. Dos grandes, una mediana y la pequeña de ruedas que Sofía arrastraba en los viajes. Junto a ellas, una bolsa abierta dejaba ver un perro de peluche y una muñeca despeinada.

Ana estaba en el salón, de pie, con un fajo de papeles en la mano. Tenía los ojos hinchados y la espalda rígida. En el sofá, Luca y Sofía lloraban sin hacer ruido.

—¿Qué es esto? —preguntó Juan, aunque la respuesta le gritaba desde cada rincón.

—Me voy —dijo Ana. No hubo preámbulos—. Los niños se vienen conmigo.

Juan sintió que los bordes de la caja de cartón se le clavaban en los dedos. —Pero... ¿adónde? Esta es nuestra casa, Ana.

Ella estalló. No gritó, pero la contención se le rompió en un gesto amargo.

—¡Despierta de una puta vez! —soltó—. El banco nos la embarga, Juan. ¡Nos has dejado sin nada!

Sofía se acurrucó contra su hermano. Luca tragó saliva, manteniendo la vista fija en sus zapatos.

—Es una mala racha —intentó argumentar Juan, con una voz atropellada que no convencía a nadie, ni a sí mismo.

—Son... movimientos del mercado. Se recoloca todo y...

—No es el mercado, Juan —lo cortó ella—. Es tu ego.

Le lanzó los papeles al pecho y él los atrapó por puro instinto.

—Embargo, ejecución, morosidad... Eso no son gráficos, Juan. ¡Son nuestras vidas!

Juan buscó una silla y soltó la caja. Abrió la boca, pero no encontró las palabras.

—Ana, yo... lo hice por vosotros —justificándose—. Para que no os faltara nada.

—¿Nada? —Ella señaló el salón vacío—. Nos ha faltado de todo. Tiempo, verdad, presencia... Y ahora nos va a faltar hasta un techo para nuestros hijos.

Sofía se inclinó hacia su hermano y le susurró:

—Si nos vamos, ¿Papá viene?

Luca se encogió de hombros con un nudo en la garganta.

—No sé.

Ana cerró los ojos por un segundo, como si la pregunta de la niña le hubiera atravesado el pecho. Se recompuso rápido; los años de tragarse el orgullo le servían de armadura.

—Te lo pedí mil veces —continuó, mirando a Juan—. Te pedí que pararas, que miraras a los niños y no al puto índice bursátil. Pero tú siempre sabías más que nadie.

Juan se quedó mudo. Por primera vez, el silencio no era una estrategia válida.

—Lo arreglaré —balbuceó al fin—. Hablaré con el banco, con...
—No necesitamos que arregles nada —sentenció Ana—. Necesitamos que dejes de romperlo todo.

Se agachó a la altura de los niños y suavizó la voz.

—Nos vamos a casa de la abuela unos días, ¿vale? Luego ya veremos.

—¿Y Papá? —insistió Luca.

Ana miró a Juan. Eligió cada palabra con precisión quirúrgica.

—Papá tiene que aprender a estar solo, cariño.

Juan dio un paso hacia ellos, desesperado.

—Ana, por favor. No me los quites a ellos también.

—No te los quito yo. Los perdiste tú cada noche que llegabas tarde, cada mentira, cada «es por vuestro bien».

Sofía se soltó de la mano de su madre y se acercó a Juan, llorando.

—¿Vendrás a verme bailar entonces, Papá?

Él intentó agacharse para abrazarla, pero Ana, con controlada firmeza, la atrajo de nuevo hacia sí.

—Vamos, Sofi. Se hace tarde.

Abrió la puerta. Los niños salieron de allí arrastrando las maletas, un sonido sordo que llenó el pasillo. Sofía miró atrás por última vez, esperando una señal que no llegó. La puerta se cerró con un golpe seco que resonó en el piso como un disparo.

Juan se quedó solo, con la mano aún extendida en el aire. Dejó caer el brazo y se apoyó en la pared hasta deslizarse al suelo. El salón era el mismo —el sofá, las cortinas, la mesa—, pero ahora le faltaba lo esencial: las mochilas tiradas por el suelo, los zapatos desaparejados, los dibujos de la nevera... Se sintió un extraño en su propia casa.

Sus ojos se posaron en un papel que asomaba bajo una silla. Lo alcanzó. Las palabras en rojo le golpearon la vista: «ORDEN DE LANZAMIENTO». Leyó el documento sin comprenderlo del todo.

Entendía los términos jurídicos, pero la idea de que aquel lugar dejara de ser suyo por orden de un juez le resultaba irreal.

Pensó en Henderson, en el champán y en su frase de la mañana: «Hoy van a saber quién soy yo». Sentado en el suelo, con el traje arrugado y el finiquito asomando del maletín, comprendió que ya lo sabían. «Todos» lo sabían. Y lo que sabían no era precisamente lo que él había querido demostrarles.

Sintió la piel fría de su muñeca desnuda, antes vestida de un metal noble. Se tapó la cara con las manos. No lloró; las lágrimas estaban ahí, pero la máscara también estaba ahí para impedir que salieran. El silencio de la casa ya no era el de un ático de lujo, sino el de un lugar abandonado.

Aferrado al papel del lanzamiento, Juan Velasco empezó a asomarse al precipicio que no había previsto en ninguna de sus elaboradas hojas de cálculo.

Capítulo 3

Primera noche en la calle

No hubo sirenas ni policías echando la puerta abajo. Sin embargo, aquel silencio fue el único momento de paz en una caída libre que había empezado mucho antes, lejos de los ojos de Ana y escondida tras la falsa promesa de la «operación Henderson». Que lo echaran de la Torre de Cristal no fue solo perder un trabajo; fue quitarle la anilla a una granada que Juan llevaba años sujetando, obsesionado con vivir una vida que siempre le costaba un poco más de lo que tenía.

La realidad, esa que Juan disfrazaba con trajes caros y cenas de lujo, era que llevaba tiempo en números rojos. Para mantener el ático, los colegios privados y esa imagen de triunfador invencible, se había metido en un laberinto de deudas imposible de pagar. Convencido de que el contrato con Henderson sería el «pelotazo» de su vida —esos veinte millones que lo arreglarían todo—, cometió el error de gastar

un dinero que aún no tenía. Acudió a prestamistas de sonrisa fácil y letra pequeña, gente dispuesta a darte efectivo rápido a cambio de pedirte hasta el alma como garantía. Se movía en esa zona peligrosa donde la desesperación es el mejor negocio.

Todo esto había sido un secreto para Ana. Para Juan, la familia no era un refugio ni un equipo; era una empresa donde él era el único jefe. En su lógica, viciada por la competencia salvaje, la única forma de decir «te quiero» era firmando cheques que nadie más podía pagar. Confesar que todo ese lujo se sostenía sobre una montaña de deudas habría sido, para él, fracasar como hombre y como padre. Su familia era su público; bajar el telón y enseñar que el escenario se caía a pedazos era impensable. Por eso, cuando lo despidieron de su empresa de toda la vida, Juan no volvió a casa buscando un abrazo. Volvió para intentar tapar los agujeros de un barco que ya estaba hundido.

La ruina llegó a una velocidad aterradora. Sin su sueldo astronómico para frenar el golpe, los acreedores se lanzaron sobre él como buitres. Las deudas estallaron en cadena. Los ahorros que Ana creía seguros desaparecieron en días, tragados por multas y recargos que crecían cada veinticuatro horas. Juan intentó ganar tiempo vendiendo cosas a la desesperada —el deportivo malvendido, los relojes empeñados por cuatro duros—, pero cada euro que conseguía era devorado al instante por el agujero negro de la deuda. La esperanza de salvarse con el trato de Henderson se convirtió en su sentencia: había apostado todo al rojo, y salió negro. La hipoteca del ático, inmensa y sin pagar desde hacía meses (gracias a papeles que él había falsificado para que Ana no se enterara), acabó por sepultar cualquier esperanza de salvar el refugio de su familia.

Fue en esos días de agonía, encerrado en despachos de abogados que le pedían provisiones de fondos que ya no tenía, cuando Juan

descubrió la verdadera naturaleza de su círculo social. Entendió, demasiado tarde, que su éxito había tenido mucho público, pero ningún aliado. Durante años presumió de agenda, de esa gente importante con la que compartía palco en el fútbol y fines de semana en Marbella. Gente de éxito, supuestos «colegas». Pero cuando el rumor de su caída corrió por la ciudad, el teléfono enmudeció. Las llamadas de auxilio de Juan chocaron contra el vacío. Aquellas amistades no eran reales, eran amistades de conveniencia: Juan valía tanto como los negocios que podía ofrecer. En cuanto se convirtió en un problema, en un hombre marcado por la ruina, todos le dieron la espalda. Nadie quería mancharse con el fracaso de otro. Se cerraron las puertas de los clubes, se anularon las invitaciones y los mensajes de WhatsApp se quedaron en un eterno doble check azul sin respuesta alguna.

La soledad social llegó antes que la soledad física. Juan comprendió, demasiado tarde, que sus amistades eran tan falsas como su fortuna.